

GUIA Y PLANO

DE

SAN LORENZO

DEL ESCORIAL

THE MUSEUM

5206



Diputación
Provincial

Biblioteca

Reg. 6982

Vols. *F. Quintana*

Sig. *Mad. 305*

m

GUÍA

DE

SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

A-379

OBRA DE LOS MISMOS AUTORES.

GUÍA DE MADRID

CON UN PLANO

DE

DON ÁLVARO ROSELL,

ARQUITECTO.

Precio: 3 pesetas.

GUÍA



DE

SAN LORENZO DEL ESCORIAL

POR

RAFAEL GIL y TOMÁS ROMEA,

ACOMPAÑADA DE UNA VISTA GENERAL DEL MONASTERIO
Y UN PLANO DE SUS ALREDEDORES.

PRECIO: 2,50 PESETAS.

MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1882



PRÓLOGO.

Al ofrecer al público la presente descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, debemos declarar que no nos guía á ello tan sólo la idea de lucro: muévennos primordialmente razones de un orden más superior. En las múltiples ocasiones que hemos visitado la majestuosa obra de Juan de Herrera, observábamos con sentimiento que el curioso y el artista que á sus puertas llegaban, no tenían otra brújula para orientarse en aquel inmenso dédalo de granito, que dos ó tres modestos manuales de reducido precio que por el momento llenaban mejor ó peor su objeto; pero que si el viajero quería conservarlas

después como recuerdo, se encontraba con que ni por su sencillez ni por su forma, eran á propósito para figurar sobre la mesa de estudio ó en el estante de una biblioteca. Para subsanar esta falta, hemos publicado el librito que encabezan estas líneas, en un tamaño sumamente manuable, lujosamente encuadernado, y con una vista general del Monasterio y un plano de los alrededores.

No se crea por esto que lo hemos sacrificado todo á las condiciones materiales; ábrase por cualquier parte y se verá que el texto es de lo más completo que en este asunto se ha dado á luz hasta el día, para lo cual hemos consultado minuciosamente cuantas obras y escritos pudieran ilustrarnos en la materia, omitiendo, mediante una detenida confrontación, aquello que ya no existe, y añadiendo las innovaciones que en la serie de los tiempos se han ido introduciendo. Si el lector al hojear la obra, encuentra algún ligero error, acháquelo, no á falta de esmero por nuestra parte, sino á las mutaciones que continuamente se están verificando en la colocación de ciertos

objetos de arte de los que adornan el edificio, y muy particularmente en lo que se refiere á la situación de los cuadros.

Esperamos que el público demostrará la veracidad de cuanto llevamos expuesto, apresurándose á adquirir una obra tan útil como agradable, cuyo reducido precio la hace de fácil adquisición.

SAN LORENZO DEL ESCORIA



VISTA EXTERIOR DEL REAL MONASTERIO.

CON PROVINCIAS
JULIUS 1870
1870 - CIVIL

1870 - CIVIL



GUÍA

DE

SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

I.

Condiciones del viaje.

Creemos conveniente indicar á la cabeza de esta *Guía*, para mayor comodidad del viajero, los trenes que puede utilizar para trasladarse desde Madrid al Real Sitio de San Lorenzo, las horas de salida y regreso y los precios de los billetes; pues aun cuando estos datos suelen encontrarse en los itinerarios de ferrocarriles, faltan en algunos, y los que los consignan no los presentan compendiados y expuestos con la debida claridad.

Hé aquí los cuadros con las horas de salida y llegada en invierno y en verano:

DE MADRID AL ESCORIAL.

SERVICIO DEL 15 DE OCTUBRE AL 1.º DE JUNIO.

TRENES.	HORA de salida de Madrid.	HORA de llegada al Escorial.	OBSERVACIONES.
Mixto núm. 3.	7,38 mañana.	9,59 mañana.	Sólo admite viajeros de 1. ^a y 2. ^a clase para el Escorial.
Mixto núm. 15.	9 idem.	41 idem.	Admite viajeros de todas clases.
Express núm. 5.	5 tarde.	6,26 tarde.	Es preciso tomar billete de 1. ^a clase hasta Robledo.
Correo núm. 7.	7,30 noche.	9,17 noche.	Admite viajeros de todas clases.
Correo núm. 41.	8,30 idem.	10,19 idem.	Admite sólo viajeros de 4. ^a clase para el Escorial.

DEL ESCORIAL Á MADRID.

SERVICIO DEL 15 DE OCTUBRE AL 1.º DE JUNIO.

TRENES.	HORA de salida del Escorial.	HORA de llegada á Madrid.	OBSERVACIONES.
Correo núm. 4..	4,54 mañana.	6,35 mañana.	Admite en el Escorial viajeros de todas clases.
Correo núm. 10.	6,05 idem.	7,30 idem.	Toma viajeros de 1. ^a y 2. ^a
Express núm. 6.	6,47 idem.	8,40 idem.	Sólo lleva coches de 1. ^a clase.
Mixto núm. 18..	4,40 tarde.	6,40 tarde.	Admite viajeros de todas clases.
Mixto núm. 2...	5,36 idem.	7,35 idem.	No admite viajeros de 3. ^a clase desde el Escorial.

DE MADRID AL ESCORIAL.

SERVICIO DESDE 1.º DE JUNIO AL 15 DE OCTUBRE.

TRENES.	HORA de salida de Madrid.	HORA de llegada á el Escorial.	OBSERVACIONES.
Mixto núm. 3..	7,50 mañana.	10,09 mañana	Admite viajeros de las tres clases.
Mixto núm. 15..	9,20 idem.	11 idem.	Toma viajeros de todas clases.
Express núm. 15.	5,20 tarde.	6,53 tarde.	Es preciso tomar billete de 1.ª clase hasta Robledo.
Mixto núm. 21 .	6 idem.	7,44 idem.	De todas clases.
Correo núm. 11.	8,30 noche.	10,49 noche.	Viajeros de 1.ª clase.

DEL ESCORIAL Á MADRID.

SERVICIO DESDE 1.º DE JUNIO AL 15 DE OCTUBRE.

TRENES.	HORA de salida del Escorial.	HORA de llegada á Madrid.	OBSERVACIONES.
Correo núm. 4..	5,10 mañana.	7 mañana.	Admite viajeros de todas clases.
Correo núm. 10.	6,45 idem.	8,35 idem.	Admite viajeros de todas clases.
Express núm. 6.	7,47 idem.	9,10 idem.	No lleva más que coches de 1.ª clase.
Mixto núm. 2...	5,20 tarde.	7,25 tarde.	Toma viajeros de todas clases.
Mixto núm. 18..	6,09 idem.	8,06 noche.	Admite viajeros de las tres clases.

Los billetes ordinarios se expenden con arreglo á la tarifa siguiente: 1.^a clase, 25 rs. 50 céntimos; 2.^a clase, 19,25; y 3.^a clase, 11,50.

Además de los billetes ordinarios se despachan otros de ida y vuelta que dan opción á permanecer en el Escorial todo el día y regresar en cualquiera de los trenes de la tarde ó en los correos de la mañana siguiente. Estos billetes cuestan 27 rs. en primera clase, 23 en segunda y 15 en tercera.

Durante los meses de Mayo á Setiembre hay establecido otro servicio especial los domingos á los siguiente precios: 1.^a clase, 23,75, 2.^a clase, 10,75 y 3.^a clase, 6,50.

Las horas de salida y llegada de estos trenes de recreo y las condiciones á que han de sujetarse los viajeros que los utilicen, las marca oportunamente la empresa en carteles que fija en los sitios públicos.

En la estación del Escorial se encuentran ómnibus que mediante la cantidad de 2 reales por persona, conducen á los viajeros hasta el pueblo. Como estos coches son pocos y el camino es penoso para recorrerlo á pié, en los días de gran afluencia de expedicionarios, cuales son los festivos en los meses de verano, cuesta trabajo obtener asiento en ellos.

II.

El pueblo.

San Lorenzo del Escorial dista de la corte 8 leguas por la carretera general y 51 kilómetros por la línea ferrea del Norte; pertenece á la provincia y audiencia de Madrid, partido judicial de Colmenar Viejo, distrito militar de Castilla la Nueva y arzobispado de Toledo. Está enclavado al pié de la cordillera carpetana, en la parte Sur de la Sierra de Guadarrama; su población consta de 800 vecinos á los cuales en la temporada de verano se agregan cerca de 200 familias madrileñas. El clima es análogo al de la capital, si bien es más frio y seco en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero y menos caluroso en el estío, merced al abrigo que le proporcionan las montañas vecinas tras de las que se oculta el sol hora y media antes que en Madrid; la proximidad de esas montañas produce en cambio vientos huracanados y furiosas tempestades que muchas veces han herido con sus rayos la hermosa fábrica del Monasterio. Prescindiendo

de estos rigores climatológicos, por su posición topográfica es uno de los pueblos más sanos y amenos de la provincia, como lo demuestra el creciente favor que le otorga la gente cortesana y su progreso gradual de muy pocos años á esta parte.

Hasta la época de Carlos III San Lorenzo no era más que un sitio real, sujeto en lo contencioso al alcalde mayor y en lo económico al administrador del Real Patrimonio, especie de Virey que disponía á su antojo de la vida y hacienda de los vecinos. El mandaba en los edificios del casco y en su extenso término y sin su permiso, otorgado á nombre del monarca, no se podía erigir ninguna casa; en las que se construían, que siempre eran por personas de la grandeza favorecida con la benevolencia del soberano, se reservaba éste el dominio directo y el derecho de retracto. Así vivió el pueblo hasta el advenimiento al trono del Rey Carlos III: desde este tiempo puede decirse que ya empezó á tener vida propia. Más adelante las leyes convirtieron en bienes nacionales algunos de la Corona y por fin la Revolución de Setiembre de 1868 vino á completar la obra aplicando la ley de desamortización á las propiedades del Patrimonio. Los particulares adquirieron fincas, solares y dehesas pertenecientes á la Corona y empezaron á levantarse hoteles y casitas de recreo; el ayuntamiento por su parte emprendió algunas obras de ornato y mejora, y de esta suerte el pueblo del Escorial es hoy una deliciosa estacion veraniega, próxima á la corte, sana, de frondosas cercanías y con su mercado tan bien surtido como el de la misma capital.

Demos ahora algunas noticias sobre su aspecto material y su estado de cultura.

Tiene el lugar cuatro *plazas* principales: la de la Constitución entre la calle de Floridablanca y la del Rey, de forma cuadrilonga y con un espacio en el centro cerrado con una barandilla que se colocó el año próximo pasado; la moderna del Coliseo, junto al teatro, adornada con un jardinillo inglés, un estanque rústico, y un candelabro de cinco luces en el medio; la de Caño-gordo, en la calle del Rey con una fuente de dos caños; la de Santiago con otra fuente de piedra; la de las Ánimas á la derecha de la fonda de Miranda y la del Mercado donde se colocan por la mañana los abastecedores de comestibles, á poca distancia del cual hay una fuente llamada de San Pedro.

De las *calle*s sólo merecen citarse dos: la de Floridablanca, punto donde se detienen los ómnibus que suben á los viajeros de la estación, y en la que están la parroquia y la Escuela de Montes á la izquierda, y á la derecha la fonda y café de Miranda y el Casino; sus dos aceras tienen una línea de árboles y la de la izquierda cómodos bancos de piedra. La otra calle que sigue á esta en importancia es la del Rey, paralela á la de Floridablanca y de igual longitud. Ambas son las más largas, espaciosas y llanas del pueblo; las demás son una serie de empinadas cuestas, desprovistas la mayoría de aceras y empedrado.

Entre los *paseos* son dignos de mención, en primer término el de los Terreros formado por varias avenidas de árboles, una fuente en el centro con pilón circular de piedra granito en el

que vierten agua dos leones de hierro fundido; limita el paseo por un costado, una barandilla de hierro con asientos desde la que se divisa un vasto panorama, y por el otro dos manzanas de hoteles construidos por los años de 1870 á 1872 y pertenecientes á distinguidas familias madrileñas; el que se levanta al lado del pretil inmediato á la barandilla, perteneció al difunto D. José Gil Dorregaray que lo edificó para su uso, rodeándole de un precioso jardín, con estanque, estufa y un caprichoso pabellón de gusto árabe.

Otro paseo frondoso en tiempos pasados era el de los Alamillos, situado en el camino de la Casita de Arriba; de sus seculares árboles quedan hoy algunos ejemplares que dan idea de lo que sería este sitio antes de su decadencia.

El jardín de los Frailes que se encuentra en el terraplén que sustenta la fachada Sur del Monasterio, es paseo frecuentado en los meses de verano; ya hablaremos de él al hacer la descripción del exterior del edificio.

Sitio muy agradable también es el de los Canapés en la subida de la estación, entre la Casita de Abajo y la Lonja; son dos calles de árboles separadas por el camino de carruajes, con asientos corridos de piedra, á manera de bancos.

Cuanto puede apetecerse y necesitarse por el más exigente se halla en los numerosos *comercios* del pueblo; sederías, boticas, dos casas de baños, peluquerías, confiterías, tahonas, etc., ofrecen sus servicios y artículos en iguales condiciones y á los mismos precios poco más ó menos que en Madrid.

Hace nueve años, esto es, desde 1873, cuenta

además el pueblo con un *mercado* de abastos, cubierto y cerrado, surtido de abundantes comestibles de todas clases.

Celébrase también una *feria* el día de San Lorenzo, de poca consideración por estar reducida á unos cuantos puestos de quincalla y cacharrería que se instalan en la calle de Florida-blanca.

Dos *fondas* bastante aceptables tiene á su disposición el viajero: la de Miranda, en la calle que acabamos de nombrar, junto á la cual se detienen los ómnibus de la estación, y la de la Rosa en la manzana anterior de casas. La primera, reformada últimamente, suele ser la preferida á pesar de ser la más cara, por el mayor lujo de su servicio; la segunda es algo más económica y por lo tanto más modesta.

La fonda de Miranda tiene establecido en la planta baja un *café* y pastelería bien servidos ambos, y que ofrece la comodidad de poder disfrutarse en el verano de un patio ajardinado. Otros dos *café*s hay en el pueblo: el llamado de las Cuatro Naciones, situado á continuación de éste, pasada la plaza del Coliseo, en cuyo piso principal está el Casino y el segundo en la calle de Pabellones, con carácter de botillería.

Además de las *fondas* la mayoría del vecindario destina parte de sus viviendas á alojamiento de huéspedes mediante una corta remuneración: de estas casas recomendamos como más aceptable la situada en la calle del Rey, conocida entre la gente del país por la casa de las Vitorinas.

En la plaza de la Constitución tiene su morada

la *corporación municipal* en un sencillo edificio en cuya fachada hay un reloj. Dicha corporación sostiene un *hospital* instalado en un local constituido en el reinado de Carlos III, en la calle de San Pedro, asistido por cinco hermanas de la caridad y capaz para 100 enfermos, y cuatro *escuelas* de niños y dos de niñas que frecuentan unos 90 alumnos. Queriendo el Ayuntamiento establecerlas con más comodidad y desahogo, está habilitando al efecto una parte de la antigua cárcel. Otros tres importantes centros de instrucción hay en el pueblo: el colegio del Monasterio, el de Carabineros jóvenes y la Escuela de Montes; del primero nos ocupamos en el lugar oportuno.

El *Colegio de Carabineros jóvenes*, lo sostiene el Estado para amparar y dar educación á los huérfanos de soldados, cabos y sargentos del cuerpo, fallecidos en el desempeño de su misión; la enseñanza que reciben es extensa y esmerada pues abraza la instrucción militar, la elemental y el aprendizaje de varias artes y oficios. Fundóse este benéfico establecimiento instalándose en su primera época en Getafe, y trasladándose el año 1867 al Escorial. Está situado en la carretera de Guadarrama frente al paseo de los Terberos en un edificio que antes fué caballerizas de Palacio, y que hace muy poco tiempo se ha reformado y ampliado por el Ayuntamiento con el fin de poder montar en él una academia de cabos.

Por Real decreto de 18 de Noviembre de 1846, creóse la *Escuela especial de Ingenieros de Montes*, domiciliándose en Villaviciosa de Odon donde continuó hasta que por decreto de 25 de Octu-

bre de 1869 se trasladó á este pueblo, viniendo á ocupar lo que fué convento de monjas carmelitas, ó sea la primera edificación que se encuentra, subiendo de la estación en la acera izquierda de la calle de Floridablanca. Se rige, por el Reglamento de 24 de Octubre de 1870 y la enseñanza dura tres años.

Grandes obras de embellecimiento se han llevado á cabo en el edificio, haciendo desaparecer la tapia que corría por el frente de la calle antes citada, y sustituyéndola por una elegante verja; habiendo dado uniformidad á los cuatro pabellones de la fachada con la supresión del arco que unía uno de estos con el teatro, con el derribo de las dos grandes y pesadas chimeneas que coronaban la parte anterior de los dos cuerpos centrales, con la clausura de la puertecilla abierta en la fachada del ala izquierda, suponiéndonos de cara al edificio, y por último convirtiendo en bonitos jardines los patinejos enclavados entre los mencionados pabellones.

Estos son cuatro: terminan en el cuerpo que corre paralelamente á la lonja, á la cual tiene ventanas en su parte posterior,

El interior también ha sufrido grandes reformas, habiéndose sacado todo el partido posible, dadas las dimensiones de las piezas, su poca altura de techos y lo mezquino de la mayoría de las puertas. No obstante, cuenta con clases bastante regulares, siendo la de dibujo muy clara y espaciosa. El notable material de enseñanza que tiene esta Escuela, se guarda en bien dispuestos gabinetes, como son, el de Historia natural, el de máquinas, el de sericultura, el de topogra-

fía, el de industria forestal, y por último, el excelente laboratorio químico. La Biblioteca contiene cerca de 7.000 volúmenes pertenecientes á las ciencias que se relacionan con la profesión, y en sus mesas se encuentran las más notables revistas forestales que ven la luz en varias naciones. Al lado de Oriente del edificio hay un jardín, en el que se halla establecido un soporte para colocar los termómetros de máxima y de mínima temperatura, así como también funciona en el ángulo más batido por los aires uno de los aparatos empleados para medir la velocidad del viento. En el centro del jardín hay una fuente, y se ha pensado, para completar su adorno, en derribar la tapia colindante con la lonja y poner en su lugar una verja.

La *iglesia* parroquial de San Lorenzo, nada ofrece de notable; ocupa uno de los cuerpos de la casa de oficios; es de una sola nave y tiene cinco altares, dos á cada uno de los lados y el mayor, que ostenta una efigie de talla del Santo mártir. Penétrase usualmente en este humilde templo por una puerta lateral que da á uno de los patios de la casa de oficios; pero su entrada principal está debajo del coro y comunica directamente con la calle de Floridablanca.

En el cuerpo siguiente se halla la *administración del Real patrimonio*, en la que se facilitan, sin retribución alguna, volantes para visitar el Monasterio, el palacio y la casita de abajo.

En la misma calle de Floridablanca, é inmediato al hotel Miranda, se encuentra el *teatro*, espacioso y cómodo, capaz para 571 espectadores. Su fachada ofrece buen aspecto y está

decorada con dos bustos encerrados en medallones de relieve representando los retratos de Cervantes y Calderón, que se colocaron al establecerse la Escuela de Montes en el antiguo convento de monjas. Antes de esta época ambos edificios estaban unidos por un pesado arco de piedra, que prestaba á la calle un aspecto sombrío.

Por último: la *administración de correos y telégrafos*, único sitio importante que nos falta citar, se encuentra en la calle de Cogolludo.

III.

Reseña histórica del Monasterio.

En pocos puntos de la historia de nuestra patria, se muestran tan conformes los escritores de todos los tiempos y lugares como al marcar el carácter del monarca Felipe II; ya desde su infancia se destacaba su genio austero y tétrico en medio de las grandezas de la corte de su augusto padre, como si pronosticara lo que en lo futuro había de ser aquel jóven heredero de un trono rodeado de una brillante aureola de gloria y de esplendor. El emperador, disgustado tal vez con los rasgos que iba presentando el carácter del príncipe y presintiendo la atmósfera de antipatía que en torno de su adusta figura se iba creando, procuró asociarle á sus grandes empresas y ligarle en nupcial consorcio con ilustres princesas buscando con ansia en alguno de estos recursos, un medio eficaz de cambiar el tono sombrío que aquella figura iba tomando según los años pasaban. Presentía también Cárlos I su próximo fin y viéndose agobiado con el peso de tantas coro-

nas, decidió al fin abdicar los poderes en su hijo haciéndole venir con este objeto de Inglaterra. Verificóse el solemne acto en Bruselas el 25 de Octubre de 1555 cediéndole los estados de Flandes y de Brabante; pocos días después renunció en su favor los reinos de León, Castilla y Aragón y de esta suerte se vió Felipe en posesión de los extensos dominios de su padre á excepción del imperio, y proclamado regente en la plaza Mayor de la corte (Valladolid) el dia 28 de Marzo de 1556.

La crudeza de la estación y el rigor de sus dolencias impidieron á Cárlos I venir á España inmediatamente á concluir sus últimos dias como era su vehemente deseo; mas en cuanto desaparecieron estos obstáculos, despidióse de sus hijos, dando á Felipe algunos buenos consejos para el mejor cumplimiento de su alta misión, y se embarcó en Zuitburgo para España; el 28 de Setiembre de 1556 arribó al puerto de Laredo y acompañado de un numeroso séquito, el 3 de Febrero de 1557 entró en el monasterio de San Jerónimo de Yuste (Extremadura), punto de retiro que había escogido como más á propósito por su soledad y recogimiento para pasar el resto de sus días. Allí vivió un año entregado á oficios de devoción, entretenido en algunas ocasiones con las figuras mecánicas que construía el hábil ingeniero Juanelo Turriano que Carlos había llevado consigo, y dirigiendo con sus sabios consejos á su querido hijo en la gobernación de los reinos. Una enfermedad que le sobrevino al poco tiempo le llevó en veintidos dias al sepulcro, entregando cristianamente el alma á Dios el 21 de

Setiembre de 1558; su cuerpo recibió sepultura en el mismo monasterio debajo del altar mayor, donde permaneció hasta que su hijo lo trasladó al Escorial.

Desde este momento quedó Felipe dueño y señor efectivo de los reinos, señoríos y dominios de España, tan extensos que según se decía nunca se ponía en ellos el sol, pero tan costosos de mantener en la obediencia que las guerras se sucedían sin interrupción.

Apenas recibió el príncipe Felipe el mando de mano de su padre, empezó á ser víctima de los enconos y envidias de los enemigos de España. Aborrecido á muerte por el Papa Paulo IV, en el momento que tuvo noticia de la abdicación del emperador, envió secretamente á su sobrino el cardenal Caraffa para incitar á Enrique II de Francia á que conquistara y arrojara de Nápoles á los españoles encendiendo nuevamente la guerra en Italia y los Países Bajos. Formóse una liga entre el rey de Francia y el Papa, y entonces éste, escudado con la fuerza de la alianza, inició una cruzada de desmanes y atropellos con los españoles. Felipe II entretanto portóse comedidamente causándole repugnancia tomar las armas contra el jefe supremo de la Iglesia; mas á tal grado llegaron el encono y las demasías del Papa, á pesar de las amenazas y aprestos del duque de Alba, virey de Nápoles, que se vió obligado, no sin haber consultado antes á una junta de teólogos, á hacer uso de la fuerza, para lo cual reunió un numeroso ejército de 56.000 hombres entre flamencos, alemanes, ingleses y españoles al mando de Filiberto Manuel, duque de Saboya.

Formado el plan de campaña por entendidos capitanes, se decidió poner estrecho sitio á la plaza de San Quintín, situada en la frontera de Francia y los Países Bajos, fortaleza considerable, pero poco guarnecida á pesar de su importancia, pues una vez tomada se encontraba franco el camino hasta París. Para distraer la atención del enemigo, fingióse por el duque de Saboya un ataque contra Mariembourg, ciudad de Flandes que poseían los franceses. La estratagema surtió su efecto; toda las fuerzas de Enrique II acudieron al socorro de Mariembourg y entonces el de Saboya levantó el sitio de improviso con gran asombro de los franceses y á marchas forzadas se colocó en San Quintín, que hubiera caido inmediatamente en su poder á no haberse lanzado en su auxilio el almirante Coligny. Penetró éste en la plaza á costa de grandes pérdidas en su gente: allí esperó la llegada del ejército de socorro que había pedido al almirante Montmorency y que al mando de éste acudió sin tardanza con 18.000 hombres y 10 piezas de artillería. La imprudencia de dividir sus fuerzas destacando á Andelot, hizo que éste fuese derrotado, y desordenadas las filas, se convirtiese el ataque en una descompuerta retirada de los franceses, perseguidos por toda la caballería española con el conde Egmont á la cabeza. En esta victoria, que tuvo lugar el 10 de Agosto de 1557, murieron 4.000 franceses, se apoderaron los vencedores de toda su artillería, 50 banderas, y quedaron prisioneros el príncipe de Mantua, el condestable Montmorency, más de 300 nobles y 5.000 soldados.

Aprovechándose de este triunfo, opinaba el

duque de Saboya que debía marcharse sobre París, pero el rey creyó aventurada la empresa y se limitó á mandar que se intimara á Coligny la rendición de la plaza; contestó éste como era de esperar de su entereza con una negativa enérgica, y en vista de ella empezóse á cañonear la plaza, dándose por fin el ataque general y cayendo San Quintín en poder de los sitiadores el 27 de Agosto de 1557: Coligny y su hermano Andelot cayeron prisioneros.

No siendo nuestro propósito hacer una historia completa de las campañas y victorias de Felipe II, y habiendo ya recordado lo que de ella nos convenía, abandonémosla en este punto y enlacémosla con la del Monasterio del Escorial.

Corren acerca de la fundación de tal obra ciertas noticias muy distantes de la verdad. Algunos historiadores sostienen que uno de los motivos que movieron al rey á erigirla, fué el haber destruido el día de la jornada de San Quintín un monasterio de San Lorenzo, próximo á la ciudad; afirman otros que el rey hizo voto de edificarlo si ganaba la batalla; piensan otros que le impuso el Pontífice esa obligación en expiación de las muchas víctimas que sus tropas sacrificaron en San Quintín. Nada de esto es exacto: examínese la carta de fundación otorgada por el monarca, y se verá que desde que sus armas alcanzaron el glorioso triunfo de San Quintín, formó el propósito de levantar un monumento religioso que perpetuara la memoria de aquella jornada y fuera al mismo tiempo una muestra de su reconocimiento á los muchos y grandes beneficios

que de Dios había recibido. Como dicho combate se verificó el día 10 de Agosto en que la Iglesia conmemora el martirio de San Lorenzo, mandó que el monumento llevara su advocación.

Para elegir el sitio en que había de construirse, nombró una comisión compuesta de arquitectos, médicos y teólogos, indicándoles como punto para sus pesquisas por su proximidad á la corte y lo agreste y solitario del lugar, las faldas de la Sierra de Guadarrama; recorriéronla ésta con esmero en todas direcciones, y después de varios proyectos, se decidieron por un terreno colocado en la mitad de la falda de la sierra, cerca del pueblo del Escorial. Este sitio reunía las circunstancias apetecidas por el monarca, y además las de su fertilidad y frescura, la abundancia y bondad de sus aguas y la proximidad de las principales materias de construcción.

Comunicado al rey que la elección estaba fijada, trasladóse éste al punto propuesto y agradándole en extremo, acordó erigir en él un edificio que revistiese el cuádruple carácter de templo, monasterio, palacio y mausoleo, para que en su recinto se rindiera culto á Dios, sirviese de asilo á la comunidad de frailes jerónimos en recuerdo de haber pasado su padre sus últimos días en un convento de la orden, de retiro donde él pudiese dedicarse en la soledad, no lejos de la corte, al despacho de los negocios del Estado, y de panteón para encerrar las cenizas de sus padres.

Aprovechando la oportunidad de hallarse reunido el capítulo de la orden de San Jerónimo, le participó su pensamiento y le propuso el nom-

bramiento de prior para la nueva casa; el capítulo eligió á Fr. Juan de Huete, el cual, en unión del vicario electo Fr. Juan del Colmenar, del prior de San Jerónimo de Madrid, del arquitecto mayor del rey Juan Bautista de Toledo y del secretario de S. M. Pedro del Hoyo, celebraron una reunión en Guadarrama y desde allí pasaron á reconocer y señalar el terreno. Una vez deslindado y aprobado por el rey se procedió á explanarlo y limpiarlo de los espesos jarales que lo cubrían; terminados estos trabajos Juan Bautista de Toledo, autor de los planos del nuevo edificio, hizo el replanteo á presencia del fundador y de muchos personajes de la corte, empezándose en seguida al laboreo de materiales por un ejército de obreros de todos los países, bajo la dirección del arquitecto Toledo, auxiliado por el lego Villacastín. El 23 de Abril de 1563 se colocó la primera piedra del monasterio en el centro de la fachada del Mediodía, con tres inscripciones impetrando el auxilio de Dios para la realización de la obra, y los nombres del arquitecto y del fundador con la fecha del año y del día. El 20 de Agosto se implantó la primera piedra del templo con asistencia del monarca, magnates, monjes y todos los maestros y operarios, que reunidos procesionalmente con el obispo de Cuenca, presenciaron su colocación por el rey y su bendición por el prelado.

Desde este momento empezaron las trabajos con gran actividad bajo la inspección del mismo Felipe II y de los monjes que habitaban interinamente el inmediato pueblo del Escorial de Abajo. Entretanto el monarca iba adquiriendo

dehesas, granjas, lugares y abadías de los contornos para aumentar los dominios del Monasterio y como la construcción no iba tan de prisa como deseaba su impaciencia, mandó erigir una iglesia provisional con un aposento para vivienda suya y una tribuna al templo desde la que asistía á los divinos oficios de los monjes. Al fin en 1571 vió acabada su habitación y trasladóse á ella sin demora con los monjes; tal era su deseo de encerrarse en aquel silencioso asilo.

La edificación siguió su marcha dirigida por el arquitecto Juan Bautista de Toledo hasta 1575; en este año murió y le reemplazó su discípulo Juan de Herrera, adquiriendo desde este instante la construcción un nuevo carácter, y un extraordinario impulso.

El 21 de Julio de 1577, cuando las obras tocaban á su término, durante una terrible tempestad que descargó sobre el Escorial entre once y doce de la noche, un vivísimo relámpago seguido de un trueno seco y formidable, rasgó las nubes y brotaron de ellas quince rayos, que vinieron á caer en diversas partes del naciente Monasterio. A los pocos instantes el edificio vióse envuelto en llamas, las cuales siguieron propagándose á pesar de los titánicos esfuerzos de los obreros y del mismo Felipe II, que no obstante hallarse molestado por la gota, subió hasta una de las torres dirigiendo á la multitud que acudió de todas partes á cortar el incendio. Doce horas duró éste, no pudiéndose apreciar hasta después de dominado los estragos que había producido. La torre de campanas desapareció fundiéndose el metal, que corria como un arroyo por los pisos

y escaleras dificultando mucho los trabajos de extinción. Reparados los daños causados por el incendio, las obras marchaban hacia su terminación, lográndose colocar la última piedra del templo y la cruz de la cúpula al 23 de Junio de 1582. Dos años después, á los veintiuno de empezados los trabajos, ó sea el 13 de Setiembre de 1584 emplazaba el P. Villacastín en el Patio de los Reyes la última piedra del edificio, esculpiéndose en ella una cruz negra que la acción de los elementos ha borrado. El rey llenóse de contento al tener noticia de la terminación de su proyectado monumento, y aunque quebrantado por los padecimientos, pasó cinco meses en aquella religiosa mansión levantada á sus expensas. Procedióse sin tardanza á llenar interiormente de riquezas de todos géneros aquel inmenso estuche de granito; adquiriéronse reliquias, implantáronse los altares, adornóse el templo, y el 9 de Agosto de 1586 se trasladó á él con gran pompa el Santísimo Sacramento desde la iglesia vieja, celebrándose al siguiente día la solemne inauguración.

Siguieron los trabajos de decorado interior y ultimados en 1595, llamó el rey al Nuncio de Su Santidad Camilo Cayetano, el cual, con las solemnidades de costumbre, consagró el templo el día 30 de Agosto de dicho año, presidiendo la ceremonia á nombre del rey, á quien se lo impedía la gota, su hijo el infante D. Felipe.

Bien poco pudo disfrutar el monarca del objeto de sus continuos afanes. Mortificado más de catorce años por la tenaz dolencia que lentamente iba consumiendo sus débiles fuerzas, llegó un día en que viendo próximo su postrer

instante, quiso que le trasladaran al asilo del Escorial. Cumplióse su voluntad y acostado en una silla, conducida por varios criados que marchaban á paso lento para no exacerbar sus dolores, salió de Madrid el 30 de Junio de 1598; despues de siete días de camino y de descansar uno en la Fresneda, pudo llegar al Monasterio. Apenas pisó sus umbrales, manifestó deseos de visitarlo minuciosamente, como si quisiera despedirse de todos aquellos objetos á que habia dedicado su caudal, su atención y los últimos momentos de su triste vida. Esta inspección le fatigó más, y á los cuatro días se le declaró una fiebre intermitente, complicada en seguida con un tumor que se le manifestó en la pierna derecha. Tantas y tan diversas eran las dolencias que aquejaban al paciente monarca, que los médicos no pudieron por ménos de dar á conocer el peligro que amenazaba al sucesor de Carlos V. No se desanimó por esto Felipe II, sino que sin exhalar una sola queja llamó á su confesor Fr. Diego de Yepes y con su ayuda hizo en tres días una confesión general de todos sus pecados.

Preparada así el alma del augusto enfermo para cualquier evento, decidiéronse los facultativos á practicar la peligrosa operación de sajarle el tumor, como así se hizo por el cirujano Juan de Vergara. La operación salió bien, pero era tal el estado del monarca, que cada día que pasaba, se sentía más postrado y decaído. El mismo lo comprendió y dispuso que le administraran los últimos sacramentos, recibéndolos con gran humildad y entereza de ánimo de manos del arzobispo de

Toledo á presencia del príncipe su hijo, la infanta, el prior y varios monjes de la casa. Esto sucedió el 1.º de Setiembre: doce dias más tarde dió el ultimo suspiro á los 71 años de edad, y cuarenta y dos de reinado, no sin haberse despedido antes de sus hijos, y dado instrucciones respecto á la forma y modo en que había de hacerse su enterramiento. Su unción religiosa era tanta que espiró rodeado de reliquias, estrechando entre sus manos un crucifijo de bronce que su padre usó también al abandonar la tierra, y escuchando con santo fervor las preces de difuntos que el prior del Monasterio rezaba junto á su lecho.

El cuerpo del rey Felipe II fué encerrado, segun su última voluntad, en una caja de plomo dentro de un atahud hecho de la madera de la quilla de la nave portuguesa *Cinco llagas*, forrado por dentro de raso blanco y exteriormente de brocado negro de oro con clavos dorados y una cruz de raso carmesí en la parte superior. En esta disposición fué depositado, con gran pompa, en el panteón provisional junto á los restos mortales de sus padres, el emperador y la emperatriz.

Sucedióle en el trono Felipe III en cuyo tiempo se empezó á construir el Panteón por Juan Bautista Crescenti y Pedro Lizargarate, lapidario vizcaino.

Felipe IV continuó en 1643 estos trabajos, que desde la muerte de su antecesor estuvieron paralizados por la escasez de recursos del Erario. Un accidente ocurrido á consecuencia de haberse inundado el Panteón al practicar las excavaciones del suelo, hizo que se perdieran gran parte de los materiales colocados: después de muchos apu-

ros para remediar el mal, Fr. Nicolás de Madrid, propuso encauzar estas aguas y dirigirlas al desagüe general. Con esta medida se pudo continuar la construcción, terminándose al cabo de nueve años después de haberse gastado un millon y pico de reales. Poco antes se había dado comienzo á las obras del de Infantes, y como en el de Reyes se había consumido tan fuerte cantidad y los recursos públicos, empeñados en las guerras que sostenía el monarca, no daban de sí para mayores dispendios, resultó pobre y mezquino. El 17 de Marzo de 1654 se verificó, á propuesta de Felipe IV, la traslación procesionalmente de los reales despojos desde el panteón provisional, colocándose en el orden que indicó el mismo rey al prior Fr. Nicolás de Madrid.

En esta época se hicieron importantes restauraciones en el edificio, entre otras, la de la cúpula resentida por las humedades; se aumentó la colección de alhajas y cuadros, y se añadieron nuevas dotaciones á las que ya poseía el Monasterio.

Durante la minoría de Carlos II, en la tarde del 7 de Junio de 1661, se prendió fuego á una chimenea del Colegio y cuando ya se creía apagado el incendio, estalló de nuevo con gran furia, favorecido por el huracán que en aquellos momentos reinaba. Quince dias estuvieron las llamas amenazando destruir la obra de Felipe II y fueron tales las pérdidas que ocasionó, que se tardaron cinco años en componerlas, sin contar las irreparables, como fueron el órgano de campanas, el estandarte cogido á los turcos en Lepanto y cuatrocientos manuscritos árabes de inmenso valor.

Declarado mayor de edad Carlos II, queriendo

dar una muestra de su largueza, regaló al Monasterio la araña del coro, y mandó pintar á Jordan las bóvedas del templo y de la escalera principal, cubiertas hasta entonces de estuco blanco con estrellas y fajas azules y ennegrecidas por el humo del anterior incendio.

Antes de seguir el curso de esta sucinta reseña histórica, debemos hacer constar los graves acontecimientos de que fué teatro el Escorial con motivo de la prisión de D. Fernando Valenzuela, privado del rey Carlos II. Este atrevido joven, apellidado en palacio *el duende* por las secretas informaciones que hacía á la reina madre de cuanto ocurría en la corte, logró captarse con su talento la gracia del monarca, y encumbrarse al elevado puesto de privado de su majestad. Los grandes de palacio interesados en elevar á este cargo á D. Juan de Austria, se apoderaron mañosamente de la voluntad del monarca y obtuvieron una orden para desterrar á la reina y apresar á Valenzuela, el cual previendo su próxima caída, huyó de Madrid marchándose al Escorial por indicación del rey Carlos, resguardado con una orden suya para el prior del Monasterio. Cuando más seguro se creía en su tranquilo refugio, presentóse una tarde, la del 17 de Enero de 1677, una nutrida tropa de caballería mandada por el duque de Medinaceli y D. Antonio de Toledo, á los que acompañaban varios personajes de la grandeza, en busca de la persona de Valenzuela, autorizados verbalmente por Carlos II.

El prior se negó á entregarle sin orden escrita del rey, y entonces, y despues de varios parlamentos sin resultado entre el privado y sus persegui-

dores, las tropas invadieron el edificio, y altares, celdas, desvanes, todo fué objeto de un minucioso y encarnizado registro en medio de groseros insultos y sacrílegas interjecciones. No bastando los ruegos del prior y los monjes, ni el hallarse expuesto un día entero el Santísimo Sacramento, á contener el furor de los soldados, lanzó aquel sentencia de excomunión contra el duque de Medinaceli y sus tropas.

Entre tanto Valenzuela permanecía oculto en un aposento que había detrás de la iglesia, sobre el dormitorio del rey, provisto de cuanto pudiera necesitar por mucho que durara su cautiverio. Dificilmente hubiera sido descubierto, si una conversación que escuchó entre varios soldados, no le hubiese hecho creer que habían dado con su escondite: apoderóse de su ánimo el miedo y con las sábanas de su lecho se descolgó por la ventana yendo á parar á los claustros menores, donde reconocido por un centinela, tuvo la suerte de que éste no le detuviera y le diese la contraseña. Aturdido el desgraciado valido, y sin saber qué hacerse, se metió en el dormitorio de los novicios, los cuales, resueltos á salvarle, le sacaron en medio de un grupo de ellos y le ocultaron en la ventana de la celda de Juanelo Turriano, tapándole con un cuadro. Descubierto su escondite, no se sabe cómo, fué sacado medio desnudo de allí por D. Antonio de Toledo; aquella misma tarde, que era la del 22 de Enero de 1677, salió para el castillo de Consuegra, y más tarde para Filipinas, muriendo por último en los alrededores de Méjico, á consecuencia de una cox que recibió de un potro que montaba.

Una importante reforma sufrió el Monasterio en esta época. Habiendo profanado algunos soldados partidarios de Zwinglio la catedral de Gorcania en Holanda, llegaron hasta pisotear una forma consagrada, que después de permanecer oculta en Malinas, se veneró en Viena y en Praga, entregándola en 1592 Rodolfo II á Felipe II, el cual mandó depositarla en uno de los relicarios. En 1684 dió orden Carlos II de erigir un altar en la sacristía para que en él fuese colocada esta Santa Forma, terminándose la obra en unos seis años y verificándose la solemne traslación el 29 de Octubre de 1689, cuyo acto reproduce fielmente el cuadro de Claudio Coello que se halla colocado en el altar en que dicha Hostia se custodia.

Al ocupar por segunda vez el trono Felipe V, después del efímero reinado de Luis I, en 1744, vióse de nuevo el Monasterio iluminado por las llamas á consecuencia de un rayo desprendido de una nube tempestuosa, pereciendo los cuatro lienzos del patio de la Compañía.

Su sucesor Fernando VI, aumentó la dotación del Monasterio con nuevas rentas y tal vez hubiera hecho algo más en su favor á no haber sido por la prevención que su consorte doña Bárbara tenía á aquel Real Sitio, prevención que llegó hasta el punto de no querer que su esposo ni ella fuesen enterrados en el Panteón, para lo cual fundó el convento de las Salesas Reales de Madrid, donde reposan sus mortales restos.

Mucho debe la Basílica de San Lorenzo al augusto monarca Carlos III, amante protector de las artes y de las obras públicas. En su tiempo